

## Renovada actualidad de “El Hombre y el Estado”

Eduardo Palma Carvajal

### Introducción

El anhelo democrático ligado al renacer del valor de los derechos humanos ha provocado un clima social de sentido común –si así se pudiera decir– en torno a la filosofía de *El hombre y el Estado*. Se trata de una tendencia genérica y tiene involuciones parciales o globales. Sin embargo, hay una legitimidad nueva y universal de la vigencia de los derechos humanos.

Nuestra época todavía puede ser caracterizada como posttotalitaria, ya que aún no podemos liberarnos por completo del horror totalitario, tanto en su versión nazi como en la estalinista. (El Holocausto y el Gulag dejan hasta ahora una impronta sobre la cultura de la humanidad).

Cuando Maritain escribió *El hombre y el Estado*, en Estados Unidos, en 1949, el horror posttotalitario estaba en la carne viva de la humanidad. Detrás de *El hombre y el Estado*, aparecen, sin referencias explícitas ni detalladas, el genocidio de millones de seres humanos, en la “banalización del mal”, según la feliz expresión de Hannah Arendt. Y en un examen retrospectivo al itinerario cultural de los últimos siglos que provocó acumulativamente la deshumanización conocida y la derrota de la democracia, como realidad y aún como esperanza.

### Maritain, filósofo de la democracia

Ya en 1943, el filósofo francés anotó, en *Cristianismo y democracia*, que la gran tragedia de las democracias modernas consiste en que ellas mismas no han logrado realizar la democracia. Las causas de este fracaso son innumerables. En primer lugar, las energías del ideal democrático no se han desarrollado nunca y los resentimientos, los odios al pueblo y a la libertad, no han hecho más que crecer a medida que las debilidades y las faltas de las democracias modernas les iban dando pretexto. Al final se selló la colisión entre los intereses de las clases dirigentes compradas por el dinero, asidas a sus privilegios y enloquecidos por un temor ciego al comunismo.

Paul Valadier, en su ensayo *Maritain, philosophe de la démocratie* (1), anota: “Ya que el proceso de la democracia se debe en parte a sus frutos intelectuales y espirituales, al mismo tiempo que a su desconocimiento moral del sentido de la justicia y del bien común de la

---

1 Paul Valadier. *Maritain, philosophe de la démocratie*, octubre 2003, pp 340 y 341.

humanidad comprendido como una totalidad, por imperio del individualismo y del materialismo, la renovación no podrá venir solamente de la incorporación de nuevas reglas del juego político, de la fidelidad a procedimientos permitiendo comunicación y discusión. Por indispensables que sean estos cambios, ellos serían ilusiones si no se alzan los ciudadanos a la altura del ideal democrático, pues hay en eso una participación activa y un compromiso sobre valores fundamentales exigentes (justicia, solidaridad, sentido de una fraternidad universal). Se debe suponer todo un trabajo de educación del ciudadano y la búsqueda de un bien común que no puede ir sin esfuerzo y la contribución de todos”. (2)

### **De la cuestión social a la cuestión ecológica**

La democracia actual enfrenta un nuevo problema: la cuestión ecológica, sin haber resuelto por completo la llamada cuestión social, del siglo XIX y parte del siglo XX.

Se ha pretendido hacer creer (Lyn White, 196, Science) que hubo una tradición cultural cristiana de olvido o sumisión de la naturaleza. Ello no es efectivo. En efecto, desde San Pablo y San Francisco existe una tradición paulista y franciscana que ha restituido el papel del Universo en la creación, olvidado, a veces, por un exceso de racionalismo. Hay, pues, en el itinerario de la cultura cristiana diversas vetas para enfrentar culturalmente el actual desafío ecológico. La democracia actual enfrenta diversos y grandes problemas: el calentamiento global, la crisis hídrica, el desarrollo de los bordes costeros. Todos estos problemas deben ser enfrentados en función del bien común democrático. Pero hay más, no son cuestiones laterales a la democracia, sino que comprometen su nudo esencial para hacer humana la convivencia de los seres vivos.

Las ideas de un precursor de la ecología nacional, Luis Oyarzún, expuestas en su obra *Defensa de la tierra*, y las del filósofo Jorge Millas, expresadas en el prólogo a esa obra, me permitieron completar la idea de una democracia ecológica.

Por de pronto, Oyarzún nos muestra los antecedentes históricos del deterioro del medio ambiente chileno, hitos tan poderosos como los existentes para configurar la historia social, marcada por una minoría oligárquica cuyo poder defendió por siglos. Oyarzún va más lejos: señala un desamor de los chilenos por la naturaleza, heredado bajo la hegemonía señalada.

No sería fácil construir una democracia cuyas bases sean ecológicas. Sin embargo, Oyarzún y Millas nos muestran las semillas antiguas de mirar la naturaleza, observarla y amarla, desde donde puede surgir este diálogo democrático entre el ciudadano y la naturaleza. Refiriéndose a la mirada ecológica, Millas, señala: “Esa es la mirada con que a partir de hoy y para siempre en la cultura de Chile, debemos esforzarnos en fijar”. (3)

---

(2) Jacques Maritain, *Cristianos y demócratas*, Biblioteca Nueva, Buenos Aires 1944, pp 35 36

(3) Luis Oyarzún. *En defensa de la tierra*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1973. Jorge Millas, Luis Oyarzún o la pasión de ver, Prólogo, pag. XXIV.

Y Oyarzún nos recuerda que pocos chilenos saben que “su naturaleza ha sido inspiradora de imágenes que han movido a su vez a incontables espíritus en sus sueños, de una vida feliz, en contraste con la existencia que el hombre sobrelleva en su multitudinario planeta.”  
(4)

### **Los avatares actuales de la democracia**

Hace algunos años me referí a este conjunto de flagelos que amenazan el ideal democrático. (5) Maritain no alcanzó a tratar estos flagelos, cuya cronología los ubica al final del XIX y en algunas décadas del XX e inicios del actual.

Todos esos flagelos son visualizados como formas de la corrupción: “El vocablo corrupción tiene en nuestra lengua dos sentidos diferentes, aunque no antagónicos. El verbo corromper viene del latín *corrumpere*. Esta raíz señala dos sentidos: el primero referido a las personas: “sobornar a alguien con dádivas o de otra manera”, “pervertir o seducir a una persona”; y el segundo referido a las cuestiones institucionales, los mecanismos y normas, “alterar o trastocar la forma de una cosa”, “echar a perder, depravar, dañar”, “viciar las costumbres, el habla, la literatura.”

El uso más común está referido a la corrupción propia de las personas y actos referidos a otras personas. De este modo se llama corrupto al funcionario público o particular, a la persona, que actúa con deshonestidad (vg., robo, coima, prebenda, etc...).

Los procesos que conllevan hacia la desnaturalización de las instituciones, los regímenes y los sistemas, son más intangibles. Sin embargo, esta es la forma de corromper, desde siempre, con mayor significación política. La teoría política examinó la corrupción de los sistemas y de un modo muy lúcido, a partir de *El espíritu de las leyes*, de Montesquieu. En el libro VII del célebre Tratado el autor lleva a cabo el examen de la corrupción “de los principios en los tres gobiernos”: despotismo, aristocracia y democracia, afirmando que la corrupción de cada uno de esos regímenes empieza casi siempre con los principios (los que los hace obrar, la virtud).

En el mundo actual, con gran interconexión de los ciudadanos, la corrupción afecta de diferentes maneras la voluntad democrática. Así se debilita el ideal democrático en un proceso acumulativo que se inicia con la apatía, la reticencia hacia los magistrados de la democracia y avanza hacia el desapego y rechazo de las instituciones y, finalmente, hasta el propio régimen.

---

(4) Ibid, pag 86

(5) Eduardo Palma. *Los avatares actuales de la democracia: El hombre y el Estado, hoy*. Miguel Marfan, 1996, Santiago de Chile, pp. 90, 91 y 92.

Así se puede llegar a sustituir el régimen democrático por diversas formas de gobiernos autoritarios de diferentes signos.

### **La dignidad de la democracia**

La retórica democrática permite a muchos falsos demócratas encondese tras la estridencia y la resonancia. Agreguemos que, tras ellas, hay muchos individuos que no profesan cabalmente el credo democrático, ni decir siquiera de aquellos que usan las instituciones democráticas para destruirlas.

Señala Maritain, en *El Hombre y el Estado*: “Una sociedad de hombres libres, en efecto, supone principios fundamentales que se hallan en el corazón mismo de su existencia. Una democracia auténtica implica un acuerdo profundo de las mentes y voluntades sobre las bases de la vida común; es consciente de sí misma y de sus principios y debe ser capaz de defender y promover su propia concepción de la vida social y política; debe partir en sí misma un credo común humano: el credo de la libertad. El error del liberalismo burgués fue concebir la sociedad democrática como una especie de campo acotado en que todas las concepciones sobre las bases de la vida en común, incluso las más destructoras de la libertad y de la ley, no encuentran sino la pura y simple indiferencia del cuerpo político, en tanto rivalizan ante la opinión pública en una especie de mercado libre de ideas esenciales, sanas o envenenadas de la vida política. La democracia burguesa del siglo XIX era neutra incluso en lo que toca a la libertad. Del mismo modo que no tenía un bien común real – no había cerebro en ella, sino un cráneo mentiroso y vacío, tapizado de espejos-. No es nada sorprendente que antes de la Segunda Guerra Mundial, en los países que la propaganda fascista, racista o comunista trataba de agitar y corromper, la democracia burguesa se haya convertido en una sociedad sin idea ninguna de sí misma y sin fe en sí misma, sin fe común alguna que pudiera permitirle resistir a la destrucción.” (6)

---

(6) Jacques Maritain. *El hombre y el Estado*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1983, pp. 128 y 129.

Finalmente, es indispensable precisar la noción de fe, usada por Maritain. En una nota relativa a la “Fe secular democrática”, agrega:

“Si empleo aquí la palabra ‘fe’, es así como usaba Peguy la palabra ‘mística’, es en un sentido rebajado, más indeterminado que el habitual, y para designar toda convicción –aquí una convicción puramente humana, sea cual fuese en unos y otros el valor de sus fundamentos racionales– en lo que está decididamente comprometida, no solo la inteligencia, sino también el corazón (es en este sentido tan amplio en el que se emplea habitualmente la palabra inglesa *faith*)”. (7)

---

(7) Jacques Maritain. *El hombre y el Estado*, p. 122.